

SONRÍE.

Ella nunca había gozado de buena salud y yo tenía la esperanza de que la enfermedad hiciese el trabajo por mí, pero allí seguían los dos, riendo con sus bromas internas.

Álex siempre había sido su favorito: el más guapo, el más listo, el más trabajador... Me acerco silenciosamente con la llave del coche rodando entre mis dedos y el cuchillo dejando notar su peso en mi bolsillo. Ella ríe a carcajadas, sentada en su eterna silla de ruedas, con su carne desbordando del asiento y las ruedas espatarradas en un intento de soportarla. Me relamo los labios y en dos pasos me planto frente a ellos, ladeo la cabeza y les miro con curiosidad. ¿Seguirán sonriendo cuando su cadáver yazca en el suelo sobre un charco de sangre?

La llave se hunde fácilmente en la cuenca cuando la clavo con fuerza en el ojo de mi hermano, que cae sin vida en su regazo. Álex siempre había sido su favorito...

-¿Ves, mamá? No es tan perfecto, ahora ya no te sirve de nada.

Yo soy el defectuoso. Así se refería a mí, con sorna mientras mamá nos miraba de reojo, esgrimiendo una sonrisa. Me agacho a su altura y mi corazón se desboca. Los deseos por matarla vuelven a florecer en mi interior. Deslizo la hoja afilada desde su garganta hasta el estómago mientras me deleito con su mirada de pavor. La sangre mana a borbotones y no me extraña cuando de la herida mortal salen sombras maléficas que penetran y se pierden en la tierra. La sangre se vuelve negra bajo su cuerpo sin vida y antes de marcharme le dibujo con el cuchillo su maldita sonrisa, siendo esto lo último que veo antes de despertar abruptamente en mi oficina.

Me he quedado dormido, no duermo bien desde que murió mamá. Releo los papeles del nuevo caso sin perder detalle. Sin testigos ni pistas, ni cabos sueltos de los que tirar. Las escalofriantes fotografías del crimen, muestran tirado sobre una lápida, a un desecho de hombre en claro estado de descomposición, con una llave clavada en el ojo. Resulta irrisorio morir así. Pongo atención a la lápida, allí está mamá. Enterrada bajo tierra me mira con su sonrisa dibujada, la misma que pinté años atrás. Allí está, y por primera vez en mucho tiempo, me sonrío.

-¿Ves, mamá? Él ya no es tan perfecto.